"Cuando fuí á busear á M. de la Roncière, dice Ambert, para transmitirle las quejas de M. de Estouilly, me dijo aquel que M. de Estouilly le habia denunciado al general, y que eso era una infamia. Yo le respondí: no soy juez de la conducta de M. de Estouilly, pero si hubiese recibido una carta semejante y la atribuyese á vos, habria principiado por pediros una satisfaccion inmediatamente. M. de la Roncière replicó: "Teneis razon porque sois hombre de honor. *Estoy satisfecho de vos.*" Ahora bien, en la carta anónima en donde se hace alusion á estos pormenores, se lee: "He visto á Ambert, y estoy satisfecho de él." ¿Cómo podia el autor de la carta anónima tener conocimiento de aquella conversacion, si no hubiese sido el mismo la Roncière?

La notable defensa de M. Odilon Barrot da tambien un golpe terrible á la infalibilidad de las pruebas periciales. Despues de referir las circunstancias del atentado de que fué víctima María de Morell; "sin embargo, todavía se la acusa, dice el abogado, y se dice que es autora de las cartas anónimas, que ha urdido una trama infame, una intriga infernal: ella ha sido, segun la parte contraria, la que ha dado citas á su madre con el nombre de un oficial, la que ha hecho declaraciones algo libres á un oficial. Ella ha visto el desórden que esas cartas sembraban en la casa; el pesar, la angustia de su familia, y se ha burlado de todo eso: ella ha puesto en el caso de matarse á dos oficiales; ella ha hecho que la sangre del uno sea derramada por la mano del otro; ella ha escrito una carta que recuerda el lenguage de un soldado habituado al desenfreno de las tabernas y de los sitios del libertinaje: ella, sin embargo de no ser mas que una jóven de diez y seis años, todo lo ha hollado, todo lo ha desconocido, todo lo ha adivinado, todo lo ha aprendido, todo lo ha inventado: ella ha sembrado por todas partes la desesperacion, ella lo ha cubierto todo de luto, y luego despues, sobre ese hacinamiento de infamias, se ha levantado triunfante, y en su frenética alegría ha entonado en cierto modo un himno satánico!.... (Rumor prolongado en el auditorio). Esto, al decir de la parte contraria, es lo que ha hecho la mas pura é inocente de las vírgenes, aquella que entre su familia era llamada un ángel de dulzura y de pureza."

M. Odilon Barrot cita diferentes ejemplos notables, en que incurrió en error la ciencia de los peritos. Luego continúa:

"¿Os traeré á la memoria el asunto de Michez y Evrard? Dos documentos fueron sometidos á la inspeccion de los peritos; uno de ellos era verdadero y el otro falso. Consultados los peritos, declararon unánimente que el documento verdadero era falso y el falso verdadero. (Risas). Dícese que uno de los peritos murió de pesar. (Sensacion). Pero si los magistrados no hubieran sido mejor informados que los peritos, ¿calculais cuáles habrian sido las consecuencias de semejante declaracion?

"Os citaré todavía, continua M. Odilon Barrot, un hecho que ha llegado hace poco á mi noticia. Un magistrado confió diferentes documentos á varios peritos, y puso una nota en uno de ellos. Pues bien, los peritos, apoderándose de la nota del magistrado, declararon falsario.... ¿á quién? al magistrado mismo. (Risas generales y prolongadas)."

El abogado lee y ecsamina sucesivamente las cartas de la correspondencia anónima, y esclama en seguida:

"El cuerpo del delito, como lo llamamos en lenguage forense, el cuerpo del delito está probado. ¿Osaríais decir que esa jóven se ha herido en las partes mas delicadas y secretas para procurarse medios de acusacion? ¿Pero su estado de salud es real? ¿No tenemos ahí el cuerpo del delito? Antes del 24 gozaba ella de una perfecta salud; y en la actualidad la enfermedad mas horrible la tiene postrada en cama.

"¿Pero qué digo? Todo lo habeis negado, hasta la enfermedad; y habeis insinuado esa duda en la sumaria. ¿Negareis hoy dia esa enfermedad?

"Mas hay todavía: esa jóven necesitaria cómplices, y nadie la ha visto en el mundo sin ir acompañada de algun individuo de su familia. Es preciso haber calculado todo, haber combinado que su aya no llegase hasta que el hombre hubiese desaparecido: es preciso que ella lo haya adivinado, sabido y meditado todo.

"Le habeis dado á su padre y á su madre por cómplices. Pues bien, ahí teneis á ese desgraciado padre abrumado bajo el peso de su dolor, y que puede apenas recobrar su energía y su valor: ¿habrá sido él quien lo haya preparado todo, quien haya sido el cómplice de su hija? Ahí teneis á esa desgraciada madre, cuya desesperacion y lágrimas han conmovido tan fuertemente al auditorio: ahí teneis á esa madre que queria huir de la justicia, que disputaba su hija al juez instructor, que le queria arrojar de su casa; ahí la teneis designada como cómplice de su hija. ¡Qué! ¡habrá sido ella la que ha preparado la violacion y la consecuencia de esa violacion! Ese medio de defensa, lo habeis reflecsionado, habeis pensado en él; pero habeis renunciado á ponerlo en práctica. ¿Será que acuseis á Miss Allen?"

M. Odilon Barrot lee una porcion de certificados que acreditan la pureza y honradez de aquella jóven. Recuerda que todos los criados han prestado homenaje á su escelente comportamiento: los jurados la han oido y pueden por su parte apreciarla.

"Ved aquí, pues, á María sin cómplices, continúa el abogado: vedla sola, obligada á proseguir y manejar por sí sola esta intriga hasta el fin. Pero no basta crear cómplices, es preciso dar algun interes al crímen. Por eso la habeis acusado de hallarse embarazada (1). Habeis dicho que ella queria obligaros á que os casáseis con ella. ¡Queria ella obligaros á que la tomáseis por mujer y no impide á su padre que os espulse! ¡y no detiene á su familia á la puerta del santuario de la justicia! Pues qué, ¿no os entrega á los tribunales sino para que os caseis con ella, despues que hayais perdido el honor? (Sensacion viva y prolongada).

"Todavía os queda la locura. Pero este recurso tambien está perdido para vos, pues en sus momentos lucidos goza María de la plenitud de su razon y de sus facultades.

"¡Y luego vuestras revelaciones! ¡vuestras revelaciones que os colocan entre dos infamias! ¡Quereis escapar á la justicia, y sois el primero en hablar al procurador del rey!"

A M. Odilon Barrot sucedió M. Chaix-d'Est-Ange, el cual, en su brillante discurso, se esforzó en disculpar á la Roncière, representando á Mlle. de Morell como una jóven exaltada, dotada de un carácter impresionable, y aficionada á lo novelesco y misterioso, y deduce de ahí que pudo muy bien haber escrito las cartas, aun cuando solo fuese con el objeto solo de ser tenida por heroina de novela.

"¿Quién ha escrito, pues, esas cartas? esclama M. Chaix-d'Est-Ange: ¿quién las ha mostrado?... Aquí es donde nuestra posicion se hace dificil. Un medio se nos presentaba; pero se nos cierran todos los caminos: nos declaran que este es un duelo á muerte, que es preciso que la jóven sea condenada ó lo séamos nosotros. En el proceso, señores, esta es la única cosa que puede asustarnos: así es que cuando de ese modo me apretais el cuello, os digo que soy inocente, que es imposible que sea culpable; y sin embargo, es preciso que hable, porque de otro modo diríais: vos sois el autor del atentado, y si mi conviccion me engañase, si ese hombre fuese culpable, ¿cómo me atreveria á perder á una jóven?

"¡Ah! señores, esa seria la desesperacion de mi vida, pues se me figura que me habria hecho cómplice de ese hombre al defenderle. Puesto que hay una necesidad que me imponeis, permitidme invocar esa voz que se ha levantado en mi favor, permitidme invocar la esperiencia de los peritos que han imputado á Mlle. de Morell las cartas anónimas. Habeis dicho que se disfrazaba su estilo, como bajo la careta se desfigura la voz. Así la jóven loca á quien se le pasa por la cabeza la idea de hacer cartas anónimas, puede cambiar su estilo, y así como la careta hace mas fuerte la voz del que se cubre con ella, así tambien la jóven puede formular algunas de esas espresiones del campo que ha podido oir en efecto; pues ¿quién hay entre nosotros que en su casa, cuando la cólera le ciega, no haya dejado escapar alguna palabra menos propia, que la memoria de una jóven la mas reservada no haya dejado escapar?

"Pero Mlle. de Morell ha recibido una educacion piadosa y ha aprendido á leer en la Biblia. ¡Ay! señores, yo pregunto: ¿hay una sola madre de familias que pueda afirmar que su hija no ha leido jamas novelas? Pregunto tambien, señores, si Mlle. de Morell no se ha sentido alguna vez ecsaltada por los síntomas de esa enfermedad sin nombre; ese sonambulismo, esa catalepsia, ese histérico, ¿no han trabajado su juvenil cabeza? Es preciso decirlo todo, señores, es preciso dar á conocer el carácter de esa jóven: ella parece resuelta; ella ha entrado en esta audiencia sin temblar; ella ha referido todo lo que pasó en su cuarto; ella está dotada de una naturaleza impresionable; ella es una jóven á quien le agrada lo novelesco y misterioso."

Al llegar M. de Chaix á este punto de su discurso, los murmullos del auditorio obligan al presidente á imponer silencio al público.

"Hay en la causa, continúa M. de Chaix, un hecho que prueba lo que he hindicado. Un dia señalado en la sumaria, M. Brugnière, subintendente militar de Saumur, pasó por el muelle, y saludó á Mad. de Morell que estaba asomada á la ventana. Mad. de Morell rogó á M. Brugnière que subiese, y este, que era amigo de la casa, accedió á la invitacion. Mad. de Morell le dijo: estaba yo en la sala, cuando se acercó á mi ventana un hombre envuelto en una capa y me hizo algunas señas: retiréme al punto, y poco despues mi hija vino fuera de sí á decirme que desde su cuarto habia visto á aquel hombre quitarse la capa y arrojarse en el Loira, y que unos barqueros lo habian sacado del agua. M. Brugnière tranquilizó á Mad. Morell y le dijo: Ha sido un hombre que queria ahogarse. Al dia siguiente Mlle. de Morell hizo llamar á M. Brugnière, y le dijo: Ese hombre que se ha arrojado al agua me ha escrito una carta anónima en la que me dice que habia querido ahogarse por mi causa.

"¿Ha sido esto cierto, señores? ¿Se arrojó algun hombre al agua? No: todas cuantas pesquisas se han hecho no han dado el menor resultado. ¿Quién habia visto, pues, ahogarse á ese hombre? Mlle. de Morell. ¿Y no es ese, señores, uno de los efectos de esa enfermedad moral que agita su ánimo y atormenta su cuerpo? Ahí teneis, á no dudarlo, el orígen de este proceso tan grave, y que sin embargo no carece de ejemplo."

Cuando M. de Chaix terminó su discurso digno de mejor causa, y que duró cerca de cinco horas, M. Odilon Barrot pidió y obtuvo que se volviese á llamar al testigo Jacquemin, á quien preguntó si sabia algo de particular sobre la salud de la Roncière. El testigo hace notar que en la carta escrita despues del atentado del 21 de Setiembre, se

---

La carta del 12 de Octubre á Mad. de Morell, contenia una alusion á un proyecto de matrimonio que habia sido objeto de una conferencia íntima entre el jeneral y su mujer, y que solo ella podia haber oido. Desde el dia que siguió á la noche del 24 de Setiembre, preguntó repetidas veces á Mlle. de Morell sobre el estado de su salud, informándose de si le habia ocurrido algo, y dando por escusa á sus preguntas que habia tenido malos sueños.

La correspondencia anónima la designaba particularmente como la portadora del billete del 21 de Octubre que tan deplorable efecto causó á Mlle. de Morell. Comprobóse con efecto que el dia 21 habia ido Julia á la calle de S. Nicolás donde vivia la familia Rouchault. Con frecuencia su habia notado su presencia allí, especialmente á la hora en que solian comer sus amos. Era ademas la única criada que, á las diez de la noche especialmente, tuviese entrada en el gabinete de tocador donde fué hallado el billete, y pocos momentos antes habia arreglado el cuarto inmediato.

Por último, habiendo gritado Mad. de Morell en aquella ocasion: *¡Qué horror! ¡tengo en mi misma casa al asesino de mi hija!* Julia, sin embargo de no haber sido designada particularmente, bajó al momento y tuvo dos violentos ataques de nervios. Aquella emocion repentina chocó tanto mas, cuanto que hasta entonces se habia mostrado muy insensible, sin manifestar otro sentimiento que el de una maligna curiosidad.

(1) Este alegato de preñez ha sido desmentido por una matrona, Mad. Duhamel, y por el doctor Lherminier, que visitaron á Mlle de Morell.

dice: "Quise comunicarle una horrible enfermedad;" y añade:

—Estas palabras me llamaron la atencion, porque aseguro bajo mi honor que cuatro meses antes de salir M. de la Roncière de Saumur, estaba atacado de una enfermedad horrible.

(Esta declaracion produce gran sensacion en el auditorio).

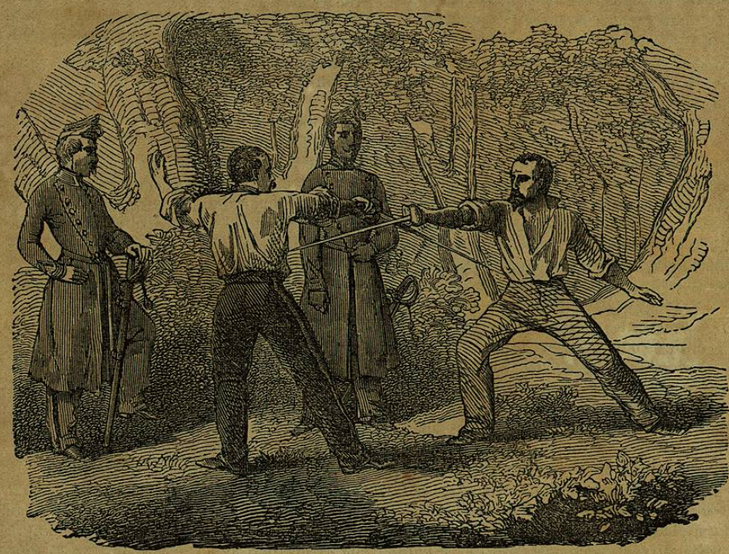
M. Partarieu-Lafosse sostiene la acusacion contra la Roncière y Samuel Gillieron; pero se aparta de ella respecto de Julia Genier.

M. Berryer toma en seguida la palabra para replicar á M. de Chaix. Deplora la fatalidad que conduce al banco de los asesinos á dos padres envejecidos con gloria y distincion en nuestros ejércitos, y de los que uno de ellos tiene que salir lastimado en la persona de su hijo.

—¡Ah! ¡señores! esclama M. Berryer; hay por lo menos esta diferencia consoladora y grave en la causa, que el otro padre es desgraciado por la pérdida de su hijo, mientras que el padre que yo defiendo recuerda con sentimiento, pero con la alegría de lo íntimo de su corazon, la pureza de la vida de María de Morell.

Cuando llegó M. Berryer á las circunstancias del atentado, dijo con una emocion de que participaron todos sus oyentes:

—Se estraña, señores, el silencio que guardó Mlle. de Morell en la noche fatal del 21 de Setiembre. Las dos jóvenes turbadas y en la mayor agitacion, no dieron grito alguno, ¿y por eso las acusais? Pues así debia suceder, y ese silencio es precisamente una de las pruebas mas convincentes de la realidad del crímen y de la veracidad de la nar-



racion. Si hubiese sido un ladron, un hombre que hubiese tratado de robar oro ó diamantes, comprenderia vuestra reconvencion; si hubiese sido una farsa, se habria puesto toda la casa en alarma, se habrian hecho oir mil gritos, y la noche y las tinieblas harian que no se descubriese el fraude. Pero no, aquello era un atentado, y la vergüenza, el pudor es lo que contuvo á la jóven. "¿Me han visto? ¿Qué han hecho? Envuélveme, Allen...." ¡Ah! comprendo que no gritase, porque es vírgen todavía; conmovióla ese sentimiento de vergüenza, y no osaba mostrarse á su madre, que tantas veces la hablaba de pudor. Al llegar el dia, se mira y oculta su desnudez. "¡Allen! ¡Allen! anda á llamar á mi madre...." No comprenderia, señores, que se sintiese atormentada por la necesidad de mostrar su humillacion á los ojos de todos, y apelo para ello á los corazones de todas las madres de familia. (Vivo asentimiento en el auditorio, y especialmente en las señoras).

El ilustre orador termina de la manera siguiente su elocuente improvisacion:

—Señores: no trato de conmoveros con mis palabras en una causa que interesa á nuestra razon y agita todos los sentimientos de nuestra alma. Señores: no habrá duda para vosotros. La Roncière en Cayenna, la Roncière vuelto á Francia, será condenado. Pero permítaseme una sola reflecsion; si en semejante lucha sucumbiese el honor de María de Morell; si declaráseis culpable á María de Morell de edad de diez y seis años; si la Roncière fuese absuelto, no dudeis que se dirá con una alegría insultante y victoriosa, y las personas honradas se repetirán con desesperacion, estas palabras de una carta anónima: "¿De qué sirve amar el bien?" (Aplausos universales).

La lógica severa de M. Odilon Barrot, y la elocuencia grave y persuasiva de M. Berryer habian fijado las convicciones de todos. Así fué que á pesar de los esfuerzos intentados por M. Chaix-D'Est-Ange en una réplica admirable, fué la Roncière declarado culpable del crímen de conato de estupro con violencia, y sentenciado á diez años de reclusion, sin esposicion prévia. Ademas se le impusieron las costas.

Samuel Gillieron y Julia Genier fueron absueltos.

En la actualidad, Mlle. de Morell es esposa de M. de Mornay; y la Roncière, casado tambien, vive retirado en una provincia.

ABD-EL-KADER-BEN-SALAH.

CONATO DE HOMICIDIO.

Comenzaba apenas el alba á esclarecer el horizonte, cuando el dia 2 de Abril de 1848, una pareja árabe salió de su *gourbi* (habitacion) y se alejó del aduar de Guerouau.

Eran Abd-el-Kader-Ben-Salah y su mujer la jóven Fathma, que apenas frisaba en los 16 años, aunque estaba casada desde 1844. Pero ya se sabe que en la Argelia, como la mayor parte de las regiones orientales, las mujeres son núbiles á los nueve ó diez años, y viejas á los veinticinco ó treinta.

El objeto aparente de aquella salida era un viaje al aduar de Halouya, distante algunas leguas de Guerouau. La víspera habia obtenido Ben-Salah de su suegra que Fathma le acompañase á una visita que pensaba hacer á una de sus parientas que habitaba en Halouya, y á la cual queria, segun decia, pedir algun socorro, pues los esposos estaban en tal miseria, que hacia diez dias que Fathma no se alimentaba mas que de alcachofas silvestres.

Unos tres cuartos de hora haria que caminaban siguiendo el camino que conduce á Halouya, cuando Ben-Salah tomó una senda apartada, y obligó á su mujer á que le siguiese. A poco rato se sentaron ambos al pié de un zarzal.

Ben-Salah es un hombre de veinte y ocho años, y presenta el tipo árabe en toda su pureza y energía.

Fathma, que, como hemos dicho, ha entrado apenas en los diez y seis años, no es bonita, y sin embargo, hay en su fisonomía cierta cosa que agrada y atrae. Sus ojos negros son pequeños, pero vivos, llenos de fuego y sombreados por cejas negras bien arqueadas; su boca un poco grande, termina en lábios demasiado gruesos, pero al entreabirse estos, dejan divisar una doble fila de dientes admirables; su elevada frente denota inteligencia; su tez es de un moreno oscuro; y sus brazos, perfectamente modelados, están pintados de azul por encima de las muñecas.

En cuanto entrambos esposos estuvieron sentados, tomó la palabra Ben-Salah.

—Tu sabes Fathma, dijo, que todo nos falta. Nada nos queda, ni siquiera un techo para guarecernos, pues he vendido ya mi cabaña.

—Dios y el profeta tendrán piedad de nosotros, dijo dulcemente Fathma.

—Así lo espero, replicó Ben-Salah....pero lo cierto es que nos vemos ahora forzados á llevar una vida errante....

—¿Qué quieres decir? preguntó Fathma con recelo.

—Quiero decir que me voy al Oeste, adonde deseo que me acompañes.

—Eso es imposible, repuso Fathma.

—Es preciso, dijo su marido con sombría resolucion.

—Yo no puedo separarme de mi madre, murmuró Fathma.

—Te digo que es preciso que partamos, repitió Ben-Salah.

—Márchate tú si quieres....eres libre de hacerlo; pero yo no quiero alejarme de mi madre....Yo quiero quedarme en Guerouau.

—¿Te olvidas que estás hablando á tu señor? esclamó Ben-Salah encolerizado. Tú me seguirás, Fathma.

—Nunca, dijo ella.

—Te digo que me acompañarás, replicó el marido. Si no me sigues de grado....me seguirás por fuerza, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, respondió la jóven. Pero si te empeñas en llevarme por la fuerza, te prevengo que me pondré bajo la proteccion del primer frances que encontremos.

A estas palabras de su mujer, Ben-Salah se levantó agitado de furor.